

## IN MEMORIAM

---

# PROFESOR JUAN ANTONIO PANIAGUA ARELLANO (1920-2010)

**Emilio Balaguer**

Universidad Miguel Hernández

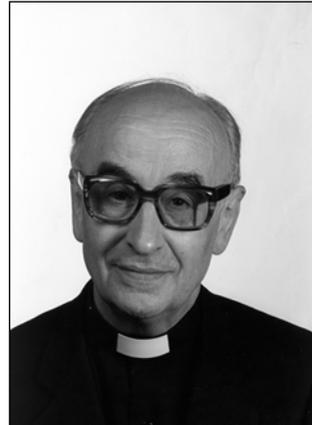
**Rosa Ballester**

Universidad Miguel Hernández

La oportunidad que generosamente se nos brinda, por parte de sus discípulos directos, Pedro Gil Sotres y Pilar León y de la dirección de *Asclepio*, de realizar este obituario en torno a la figura del historiador de la medicina Profesor Paniagua, nos permite hacer un alto en el camino e intentar desvelar aquellos rasgos distintivos que, a nuestro parecer, hacen de él una figura singular, especial y muy querida. Era Don Juan Antonio una persona de extremada finura intelectual, profunda y amplia cultura, muy respetado como profesional y excelente colega y amigo.

Nuestro primer contacto con don Juan Antonio (siempre le hemos llamado así) se produjo en Valencia a través de José María López Piñero, en el periodo que iniciábamos con él nuestra formación como historiadores de la medicina, en los comienzos de los años 70 del siglo pasado, y de Luis García Ballester, que actuaba de algún modo como hermano mayor de todo el grupo de jóvenes (Pedro Marset, Francesc Casas Botellé, Guillermo Olagüe, Francesc Bujosa y nosotros mismos). Iniciábamos nuestra andadura investigadora y docente con un entusiasmo y espíritu de trabajo que compartíamos y disfrutábamos, y Paniagua venía precedido por un aureola, que tanto López Piñero como García Ballester habían subrayado, de sabio medievalista, riguroso y reconocido por la excelencia de sus trabajos.

A lo largo de los casi seis años que estuvimos en la Universidad de Zaragoza, el conocimiento se transformó en una auténtica amistad por la cercanía geográfica y por la oportunidad de contactar mas a menudo con una persona entrañable, que visitábamos en Pamplona y nos visitaba en Zaragoza y que estaba siempre al tanto de nuestra trayectoria personal y profesional. Tanto es así que, en la lección elegida por el tribunal de oposiciones para una plaza de profesor adjunto que tuvo lugar



en 1978, «La medicina escolástica bajomedieval», fue para uno de nosotros fundamental la ayuda prestada por Paniagua que nos auxilió en la preparación del tema con una síntesis excelente, que sólo un profesional como él podía hacer en aquellos momentos. La conexión navarro-aragonesa se mantuvo con los historiadores que en la Universidad de Zaragoza continuaron o se incorporaron tras nuestra marcha a la Universidad de Alicante: Jon Arrizabalaga, discípulo de Paniagua y después, también, de García Ballester, con el que tuvimos la suerte de coincidir en la universidad aragonesa; Consuelo Miqueo, quien inició su andadura profesional con nosotros; y naturalmente, Francesc Bujosa quien encabezó el grupo zaragozano al incorporarse a la Cátedra de Historia de la Medicina y que, junto al pequeño grupo allí constituido, organizó el Congreso Nacional de Historia de la Medicina en 1989.

La línea de publicaciones que, desde la llamada entonces Cátedra de Historia de la Medicina, se puso en marcha, se denominó Cuadernos Aragoneses de Historia de la Medicina y de la Ciencia de un modo similar a lo que desde otras universidades españolas (Salamanca, Valencia, Valladolid) se llevaba haciendo. El segundo de los números, editado en 1980, fue precisamente una monografía de Paniagua en la que realizó un magnífico estudio introductorio sobre una versión castellana del *Regimen sanitatis ad Regem Aragonum* dedicado a Jaime II, una pieza clave en la obra de Arnau de Vilanova. Su inserción en la propia trayectoria investigadora de Paniagua, la indica él mismo: «esta valiosa copia del *Regimen sanitatis*... fue, en 1951, mi primer hallazgo de novel arnaldista». El relato de este «valioso hallazgo» es muy revelador de la forma de trabajar de Don Juan Antonio. Se encontraba en esos inicios de los años cincuenta, en el Archivo Histórico de la Catedral de Valencia, trabajando sobre un códice en pergamino del siglo XIV, interesado por la referencia que en el catálogo de dicho archivo se daba de una traducción del árabe al latín hecha por Arnau, cuando advirtió de la presencia del texto entre los folios 54 a 57v de aquel códice, catalogado con el número 123. Sin duda, no fue percibido por el canónigo arcedianos causa de que la rúbrica que expresaba el título, estaba medio borrada y, de ese modo, ese texto había quedado englobado bajo la denominación de *De cibaris et cibis*, con el que le seguía inmediatamente después, escrito por la misma mano. Es, como se ve, todo un ejemplo de curiosidad intelectual, minuciosidad, preparación sólida y, en definitiva, el gusto por el trabajo bien hecho.

Con algunos de los colegas mas veteranos, hemos comentado a menudo la capacidad de Paniagua de hacer comprensibles las cosas mas complejas y su capacidad excepcional de síntesis. Véase al respecto su trabajo sobre la patología general en la obra de Arnau de Vilanova (Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina, 1(1949), pp. 49-119, en el primer número de la revista antecesora de *Asclepio*). Este número inicial no tiene desperdicio, es como una pequeña joya. A destacar dos trabajos de Lain, el primero sobre la historia clínica hipocrática (preámbulo de lo que mas tarde será su monumental *La historia clínica. Historia y teoría del relato patográfico*, 1950; reeditada en 1998 por la editorial Triacastella), y el relativo a los conceptos fundamentales para una historia de la anatomía (otro estudio indispensable). El estudio de la psicología de Jung en la historia de las relaciones entre medicina y religión de Luis S. Granjel, es otro buen ejemplo. Por su parte, el artículo de Paniagua es toda una lección de maestría y de clarificación de conceptos del muy complejo sistema del galenismo medieval. Es un trabajo clásico, al que uno vuelve siempre, porque se transforma en un auténtico referente y de lectura obligada para cualquiera que quiera especializarse en el mundo de la historia de la medicina. La fuente fundamental en la que se apoyó para reconstruir las ideas arnaldianas sobre Patología General, es la que lleva por título *Introductionum medicinalium speculum*, compuesta en Montpellier, una de las obras de madurez de Arnau. El análisis de las seis cosas no naturales (que mas tarde estudiará sistemáticamente su colega H. Schipperges en su *Lebendigen Heilkunde*, Freiburg, 1962) y, sobre todo, el contenido del epígrafe sobre la clasificación de las enfermedades, son excelentes muestras de su maestría y oficio.

Don Juan Antonio, nos había comentado más de una vez su pasión por la historia. Por su profundo sentido ético se planteaba el problema del papel que la historia de la medicina debía ocupar

en la formación del médico ¿no sería un lujo innecesario? La respuesta a sus reticencias se la dió el Profesor Laín Entralgo: No, si una revisión crítica de método histórico-médico, basada en el análisis de la capacidad de aclaración sistemática de la historia nos permite conocer la estructura de la propia medicina. La historia de la medicina se convierte de este modo en el método que permite la edificación objetiva de una «teoría de la medicina» y una «teoría del ser humano» desde la misma medicina. Ese es el objetivo de los estudios arnaldianos de Paniagua y el ejemplo más paradigmático lo encontramos en el trabajo que hemos comentado arriba sobre la Patología General arnaldiana, uno de los capítulos más complejos y pletórico de significados de la Historia de la Medicina.

Don Juan Antonio ha sido un ejemplo y es, en gran medida, junto al resto de nuestros maestros —los que ya no están entre nosotros y los que, afortunadamente, continúan estando— responsable de lo mejor de la tradición de historiadores de la medicina española del siglo XX: rigor en el método y siempre al servicio de la medicina. Desgraciadamente, ciertas veleidades de los tiempos, pueden poner en duda quizá, entre los más tiernos, la pertinencia de tanta erudición y meticulosidad; pero eso son «enfermedades oportunistas» que se curan con la sazón. Entonces solemos recordar aquella máxima de Diego de Estella (1524-1578): *Pygmaeos gigantum humeris impositos, plusquam ipsos gigante videre*. O como solía decir, con solemnidad, el maestro indiscutible de todo los historiadores de la medicina en España. Pedro Laín Entralgo: «no es de bien nacidos no reconocer lo mucho que debemos a quienes nos precedieron».